8802

Por Egoismo

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

FRANCISCO TORO Y LUNA

PRIMERA EDICIÓN

CÓRDOBA
Tipografía El Español
ALFONSO XIII 37

1900

17

POR EGOISMO

Al distinguido actor
don Enrique Navas.

El autor

Es propiedad del autor

Por Egoísmo

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

FRANCISCO TORO Y LUNA

Estrenado con extraordinario éxito en el GRAN TEATRO de CÓRDOBA en la noche del 8 de Enero de 1900

PRIMERA EDICIÓN

CÓRDOBA
Tipografía El Español
ALFONSO XIII. 37

1900

A MI AMIGO D. FRANCISCO DE LA CRUZ CÓRDOBA

A V'd. que la vió nacer, creyó en ella, siguió sus lentos pasos y es mi amigo del alma, se la dedico; acéptela de corazón.

El autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FERNANDA.	SRA. CONSTÁN
MARUJA.	CANO
CONDESA.	RODRIGUEZ
TERESA.	ALCOBA
D. RODOLFO.	SR MATA
CARLOS.	NAVAS
D. JOSÉ.	ESPEJO
ALFREDO.	RODRIGO
PEDRO.	CARRASCO

La acción en la época actual.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante; puerta al foro; dos laterales á cada lado; en el centro un sofá, algunas sillas y butaca; junto al foro una mesa con espejo y sobre ella un timbre y dos figuras represetando dos angelitos.

ESCENA PRIMERA

TERESA Y PEDRO

TERESA (Entrando 1.ª derecha) ¿Ha regresado la señora?

PEDRO Aún no ha venío; pero no debe tardar mucho, por que el teatro ya se habrá acabao.

TERESA Habrá terminado la función, Pedro.

PEDRO Güeno; es lo mismo (Imitándola) Habrá terminado la función ¡Me traes frito! y has de saber tú que yó hablo como me dá gana ú como me han enseñao; que no he io á ninguna academia puliténica, como tu, ¡bachillera!

TERESA No te enfades, hombre, que no es para tanto. Las lecciones se agradecen siempre.

PEDRO Yo no armito lesiones de ninguna mujer que eso denigra el seso. ¿Te vas enterando?

TERESA Si Pedro, yá estoy enterada.

PEDRO Por que sino te lo digo más alto. Ustés las donsellas de oficio de la suidá lo saben ró.

677305

TERESA (Aparte) ¡Que majadero!
¿Y está todo dispuesto para el baile?

PEDRO Ya no falta más que poner estos dos angelitos.

TERESA ¿Y donde los vás á colocar?

PEDRO Es menester que sea en un sitio que no jaga frio, por que si no ván á pillar una aplopegía, y se ván á ir derechitos al sielo ¡Ya vés que están desnuos!

TERESA (Mirándolos) ¡Que bonitos!....
¡Es un adorno muy elegante! ¡Que gusto tiene la señora!

PEDRO Si, ¡mucho gusto! y más dinero. Como que la dejó D. Pedro, su mario, dose millones.

TERESA Y el se moriria?...

PEDRO ¡Es natural! Si tenia más años que siete loros!

TERESA Y hace mucho tiempo?

PEDRO Casi la misma edá de la señorita.

TERESA ¿Entonces como se pudo casar con ella?

PEDRO Si: ¡Que grasiosa! Con su hija se iba á casar! ¡Que talento! ¡Y luego dises que yo soy ganso! Niña, si yo hablo de la señorita Maruja...

TERESA Entonces diez y siete años.

PEDRO Quítale uno y es la cuenta.

TERESA Diez y seis.

PEDRO ¡Justos y cabales! ¡Pobre señor que güeno era! ¿Tú ves la señora? Pues mucho mejor. ¡Y como la queria!.... Con desite que nunca tuvieron un *si* ni un *no*. ¡Y á Maruja!...¡Aquello era el delirio! ¡Verdá que estaba más mona!... Con un año ná más, y hablaba más que un diputao de la minoria.

TERESA ¡Tan bueno.... y se murió!

PEDRO Hay personas que no debian morirse nunca

TERESA ¡Pobre señor!

PEDRO ¡Ea! Teresa; ayúdame, llevaremos esto al salón que ya vendrán los señoritos de goma y las señoritas espirituosas como dice el cura de mi pueblo, á darse pisto, y á no dejar á uno parao en toa la noche.... y luego ¡ni una mala propina!

TERESA (Tomando uno de los dos angelitos que tendrá Pedro en los brazos.)
¡Sabes que pesa!

PEDRO ¿Sí? ¡Pues míra, no lo sabía!

TERESA ¡Demonio de ángeles!
(Vánse 2.ª izquierda.)

ESCENA II

FERNANDA, MARUJA, D. JOSÉ Y ALFREDO (por el foro)
Despues TERESA (2.ª izquierda)

FERN. ¡Ea! Ya hemos representado nuestro papel en la comedia humana.

ALFRE. Lo exige la sociedad y no hay que oponerse à las corrientes modernas.

FERN. Dice Vd. bien, Alfredo.
(Toca el timbre.) La sociedad es necia.

D. JOSÉ Y hay que ser necio para darla gusto.

FERN. ¡Hay que ir á la Opera á palco; donde nos vean bien; á lucir las joyas; á cegar á los espectadores con las luces que irradian nuestros brillantes, á hacer alarde de mujeres ricas!

TERESA (Entrando.) ¿Me llamaba Vd. señorita?

FERN. Sì. ¿Está todo dispuesto?

TERESA Sí, señorita.

MARUJA No te marches, Teresa, que vás á acompañarme á mi cuarto.
(Teresa y Fernanda quedan hablando.)

ALFRE. (á Maruja.) ¿Tendré el placer de bailar con la linda Maruja el primer wals?

MARUJA No puede ser. Lo siento, pero ha llegado Vd. tarde.

ALFRE. Más lo deploro yo, que me priva Vd. de esa dicha.

D. JOSÉ Ese lo bailará conmigo.

MARUJA ¡Justo! Lo bailaré con D. José.

ALFRE. (á D. José.) Pues tenga Vd, mucho cuidado porque es muy fácil...,

D. JOSÉ Estas piernas con sus 60 años no se rinden.

FERN. Y que yo puedo testimoniarlo. En el baile de la Condesa no hubo pollo que se le igualara.

ALFRE. Porque yo no asistí.

FERN. Estaban todos los que toman el aceite de hígado de bacalao.

MARUJA Si están anémicos.

FERN. Enclenques.

D. JOSÉ De... pasear del brazo de los toreros.

ALFRE. ¡Oh! Son la gente que vale.

D. JOSÉ Sí; los que tienen el dinero y simpatías. Y Vd. vá en busca de lo segundo.

ALFRE. Se pega algo.

D. JOSÉ Sí; eso es como el sarampión.

FERN. Hasta ahora.

MARUJA Pues no quiero contagiarme. Anda, Teresa, ¡Alfredito! (Vánse Fernanda 2.ª izquierda, Maruja y Teresa 2.ª derecha.)

ESCENA III

D. JOSÉ Y ALFREDO

D JOSÉ ¿Y que le ha parecido á Vd. el estreno?

ALFRE. Pues, no me he enterado. Yo voy al teatro por rutina; á matar el tiempo; allí siempre hay tertulia.

D. JOSÉ ¿Luego Vd. no es aficionado?

ALFRE. No tengo más aficiones que el coche y el toreo.

D. JOSÉ ¿Y á la lectura tampoco?

ALFRE. No me hable Vd. de eso. Yo soy abogado por lujo. Mi papá me compró el título;... yo no pude aprender sinó la definición de Derecho; y vea Vd. lo que es la suerte, no me preguntaron en el exámen otra cosa.

D. JOSÉ Y le darían á Vd. la calificación de *sobresaliente*.

ALFRE. Y no me llevé el premio por modestia.

D. JOSÉ ¿Y eso es todo lo que Vd. ha leido; la definición de Derecho?

ALFRE. Eso, y el primer capítulo del Quijote. Y francamente es una obra que no me gusta; la dejé. No hubiese conseguido nada, á no ser dolores de cabeza y perder un tiempo precioso que bien puede aprovecharse en cosa más útil.

D. JOSÉ Si. En hablar de toros.

ALFRE. Esa es mi monomanía. ¡Un par de banderillas del Fuentes y los jugueteos del Guerra!

D. JOSÉ (Aparte) ¡Así anda el mundo! ¡Valiente juventud!

ALFRE. Además, mis muchas ocupaciones no me dejan libre tiempo para leer. Yo me levanto á la una: una hora, ¿que menos? de *toilette*; ya tiene Vd. las dos; á esta hora el almuerzo; después un rato al Círculo, siempre suele haber allí algún torero con quien se pasan un par de horas agradabilísimas.

D. JOSÉ Sí; es muy amena su conversación. (Con ironía.)

ALFRE. Luego el coche... ¡y á los ventorrillos!... ¡á recorrerlos todos!... ¡á beber en todos!.. ¡á gozar, que es corta la vida! Así hasta las ocho. A esta hora á comer, siempre con algún amigo .. ó *amiga*... A casa después, á cambiar el traje de tarde por el de teatro... ¡y al palco!

D. JOSÉ A partir corazones.

ALFRE. Luego....

D. JOSÉ Luego continuará Vd., que me llama Fernanda. (Aparte.) Estos gomosos son irresistibles.

ALFRE. Pues iremos á ver que desea la encantadora Fernanda. (Se dirijen á la 2.ª izquierda.)

ESCENA IV

Dichos y D. RODOLFO (por el foro)

D. RODF. ¡Querido D. José!

D. JOSÉ ¡Hola amigo D. Rodolfo!

D. RODF. ¡Adios, Alfredito! (Saluda)

ALFRE. Beso á Vd. la mano.

D. JOSÉ En este momento me dirigía al salón á ver si había Vd. entrado por la puerta del jardín; creo que ha mandado Fernanda abrirla, porque como está más cerca del teatro es más fácil...

D. RODF. ¡Bueno, D. José, bueno! ¿Y que hay? ¿Ha estado muy concurrrido el teatro.

ALFRE. Concurridísimo. Lo más escogido, lo más selecto, lo más distinguido... En el palco número 3 D. Teodomiro y sus encantadoras hijas, Luisa y Enriqueta; en el número 20 el Marqués...

D. JOSÉ Y Lagartijo.

ALFRE. ¡El Gran Califa!

D. RODF. Pero Vd. es partidario de Lagartijo ó de Guerrita?

ALFRE Le diré á Vd.: Lagartijo...

D. JOSÉ (Aparte á D. Rodolfo) Buena cosa ha hecho usted.

D. RODF. Fué torero.

ESCENA V

Dichos y MARUJA (2.ª derecha)

MARUJA ¡D. Rodolfo!

D. RODF. ¡Marujita! ¡Mira que linda estás!

MARUJA Ya le estaba dando á Vd. mala fama. Pero ¿y D.ª Blanca, no viene?

D. RODF. No: está en cama.

D. JOSÉ ¿Está enferma?

MARUJA ¡Pobre señora! ¿Y que tiene?

ALFRE. ¿Es grave?

D. RODF. No, no hay que alarmarse; no es cosa de cuidado.

D. JOSÉ Algún catarrillo.

D. RODF. Nada; achaques.

MARUJA Más vale así ¿Y Cárlos tampoco viene?

ALFRE. Estará trabajando.

D. RODF. El trabajo es una gran virtud; dignifica al hombre y le hace acreedor á la estimación de los demás.

ALFRE. Siento no convenir con Vd. El trabajo es un castigo que Dios impuso al hombre por su pecado.

D. JOSÉ Esa doctrina es muy rancia. El trabajo es una necesidad de la especie, Alfredito. No pudo Dios crear al hombre para que estuviese ocioso.

MARUJA Como que se aburriría.

D. RODF. Verdad

ALFRE. ¿Y como no se aburrieron Adán y Eva?

D. JOSÉ Porque solo estuvieron en el Paraiso un día.

D. RODF. Y una noche.

D. JOSÉ No puedo creer que durmieran allí.

ALFRE. Pero, Don José, si en el estado de gra-

cia no se duerme; no hay necesidades corporales que satisfacer.

D. JOSÉ Eso se lo han contado á Vd. cuando niño para dormirlo. ¿No comieron la manzana? ¿No estaba durmiendo Adán cuando le extrajo Dios la costilla?

ALFRE. Pero yo creo....

MARUJA Que se han metido ustedes....

D. RODF. En la cebada.

MARUJA Alfredito es original; habla de todo.

D. JOSÉ (aparte) Condición de los necios.

D. RODF. Lo mismo de toreo, que de Teología.

ALFRE. Tengo un baño de todo.

D. JOSÉ Vamos, es Vd. como las cruces de Caravaca; una aleación de todos metales y ninguno de ley.

MARUJA Pero sirven para las tormentas, según dicen.

D. JOSÉ Para atormentar.

MARUJA (A D. Rodolfo) ¿No ha visto Vd. á mamá?

D. RODF. No.

MARUJA Pues pase Vd.; yo le acompañaré.

D. JOSÉ Y yo también.

D. RODF. Vamos.

MARUJA ¿Usted no viene, Alfredito?

ALFRE. Luego pasaré. (Vánse 2.ª izquierda, Maruja, Don José y D. Rodolfo.)

ESCENA VI

ALFREDO (A la puerta 2.ª izquierda)

¿Habrá venido yá la Condesita? Si. Allí la veo. ¡Que elegante está! Como sabe trajearse!

ESCENA VII

ALFREDO y CARLOS (por el foro)

CARLOS (aparte) ¡Como no estar aquí este gomoso!
ALFRE. ¡Adios, querido Carlos!
CARLOS ¡Hola, Alfredo!
ALFRE. Chico, ya estábamos lamentando todos tu ausencia.
CARLOS ¡Gracias!
ALFRE. Y particularmente.... Maruja.
CARLOS ¿Sí? pues lo celebro.
ALFRE. Yá lo creo que lo celebrarás. Eres hombre de suerte.
CARLOS ¿Yo? ¿Y porqué?
ALFRE. Vamos, no te hagas el disimulado... ¡Lo sé todo!
CARLOS ¡Todo! ¿Y que es todo lo que sabes?
ALFRE. ¿Quieres que te regale el oido?
CARLOS No, no quiero que me regales nada; pero no te comprendo.
ALFRE. No lo ocultes más.
CARLOS Yo no oculto nada.
ALFRE. Sí; tus amores con Maruja.
CARLOS A ser cierto, nada más natural; que un hombre y una mujer se amen me parece muy lógico; así Dios lo dispuso... y en tal caso cumpliera con el precepto; pero desgraciadamente no es así.
ALFRE. Pues esos rumores corren.
CARLOS Pues son falsos.
ALFRE. Sí, lo serán; pero concédeme que están bien fundados.
CARLOS ¿En qué se fundan?
ALFRE. En que paseas mucho con ella; en que estàs todas las noches en su palco; en que es mirais de un modo... asi... como

diciéndoos con las tiernas miradas. . «te quiero», y sobre todo en el interès que muestra por tí y en que me ha despreciado por haber tenido el *atrevimiento* de solicitar de ella el primer wals, diciendo: «Ese lo bailaré con D. José»; por no darte celos

CARLOS Y es todo ese el fundamento? Otro tanto pudiera yo haber pensado de tí y de la Condesita, y sin embargo...

ALFRE. Eso prueba que no hay causa para ello.

CARLOS No; eso demuestra que yo no me ocupo en la vida de los demás.

ALFRE. Bien; pero mis relaciones con la Condesita son pura amistad; así todos las entienden. En qué cerebro cabe que yo, un hombre que está en capullo casi.....

CARLOS Y no mal parecido.

ALFRE. Solícito... y además su marido no se sabe si vive... y que camina muy deprisa á los treinta!

CARLOS Esa es buena edad. Y sobre todo es un negocio redondo, sin suegra, ni cuñados .. ni bendiciones.

ALFRE. No es oro todo lo que brilla.

CARLOS Bueno, si, ya estoy convencido; hablemos de otra cosa ¿Como está el salòn?

ALFRE. ¡Oh! ¡Delicioso, chico, delicioso! Adornado con todos los primores del lujo moderno; ricos tapi...

CARLOS Si no es eso lo que te pregunto. ¿Qué como está de mujeres?

ALFRE. ¡Oh! ¡Sublime, encantador! La simpática Pepita Jiménez; la encantadora Luisa; la bella Conchita Ubeda; la sin par Maruja; la hermosa Matilde...

CARLOS Basta, hombre basta; no parece sinó que estás haciendo una revista de salón.

ALFRE. No lo he visto, pero es igual. ¡Aquello es un cielo!

CARLOS Pues vamos á ese cielo encantador (Se dirigen à la 2.ª izquierda conversando.)

ESCENA VIII

Dichos y la CONDESA (2.ª izquierda) Al salir ellos entra la Condesa

CARLOS ¡Condesa! (Saludando)

COND ¡Felices, Carlos! Ya me extrañaba la ausencia de Vd.

CARLOS ¡Como faltar, Condesa!

COND. ¿Van ustedes?

ALFRE. Al salón.

CARLOS ¡Al cielo! como dice Alfredito.

COND. En efecto, es un cielo en pequeño.

ALFRE. No habrá allí más mujeres hermosas.

COND. Ni más lujo.

CARLOS Ya siento impaciencias por verlo.

COND. (Que se habrá sentado.) Por mí no se detenga Vd. Carlos. Hay en él estrellas de primera magnitud.

CARLOS No lo es menos la que en este momento nos alumbra.

COND. Está Vd. galante. Si le oyeran á usted, habría su poquito de celos (con intención.)

CARLOS No haga Vd. caso de esas cosas, Condesa. Son ficciones de la fantasia de Alfredito, que, *como es tan viva*, se escapa muchas veces.

ALFRE. Pero dá en el blanco las más.

COND. Carlos, está Vd. impaciente, y yo le estoy deteniendo. Dispénseme Vd.

CARLOS Me complazco en estar á su lado

COND. ¡Muchas gracias! Alfredo me hará compañía.

ALFRE. ¡Con mucho gusto!

CARLOS Siendo así..... (Aparte.) Quieren estar solas.

COND. Si, no se detenga Vd.

CARLOS Pues hasta ahora, Condesa. Adios Alfredo.

ALFRE. Adios chico, adios.

CARLOS (Aparte.)! Eternos murmuradóres! (Vásc 2.ª izquierda.)

ESCENA IX

LA CONDESA Y ALFREDO

COND. ¿Ne le parece á Vd. que el decorado del salón es un poco cursi, Alfredito?

ALFRE. No lo he visto, Condesa, pero apostaría algo á que lo es.

COND. ¿Cómo ha dicho Vd. á Carlos entonces que es un cielo?

ALFRE. (Siéntase.) Porque se trataba de su *futura suegra.*

COND. ¡Ah! ¡Comprendido, Alfredito, comprendido! (Rie.) Vd. quiere....

ALFRE. Meterle más en el toro.

COND. Para que le coja. Me parece que tiene Vd. su poquito de envidia?

ALFRE. No, Condesa; no conozco esa pasiòn.

COND. Vamos, que eso no tuviera nada de particular. Ella es buena....

ALFRE. Porque no puede ser mala. (Con ironía.) No aspiro á tanto.

COND. (Con tono burlón.) Pues se dice que le ha dado á Vd. unas calabazas mayúsculas.

ALFRE. (Sorprendido.) ¡A mí...! ¿Y quién puede creer semejante disparate? Tal vez lo haya dicho ella para enorgullecerse.... Las mujeres son así..... ¡Calabazas á mi!..... A los hombres como yo no se les dán esas cosas.

COND. ¿Por què?

ALFRE. Porque el amor está en razón directa de la fortuna.

COND. ¿Luego Vd cree?

ALFRE. Que el amor es una palabra hueca que nace en los labios y muere en el bolsillo

Un pasatiempo agradable.

COND. Que incrédulo es Vd , Alfredito.

ALFRE. Para estas cosas sí. He visto mucho en el mundo.

COND. Pues yo he visto muy poquito; quizàs por esto crea en esa hermosa pasión.

ALFRE. Influye mucho.

COND. ¡Se quedarian sin explicar tantas cosas, sin su existencia! Digo mal. No sucederían.

ALFRE. Tal vez yo me equivoque. Quien sabe si mañana llegaré á amar...

COND. No está lejos. Vamos á ver Alfredito. Si usted encontrase, como por fortuna suele acontecer á los hombres, una mujer muy hermosa...

ALFRE. ¿Más que usted?

COND. Rica, noble, distinguida, de esas que secan un cerebro y desquician un corazón (con ternura) y le hablase á Vd. de amores; de ese mundo que Vd. desconoce; con la ternura de una pasiòn que desborda; como sabemos hablar las mujeres, fascinàndole á Vd. con las miradas, tocándole en el corazòn (con mimo) y á Vd. le fuese muy simpática... ¿La amaría Vd?

ALFRE. (Suspirando) ¡Ay! ¡Si ya estoy amàndola á Vd. Condesita!

COND. (Rie) ¡Ja, ja, ja! Es Vd. un discipulo muy aventajado, Alfredito; ha aprendído usted el abecedario á la primera lección.

ESCENA X

Dichos y FERNANDA (Al final D. Rodolfo.)

FERN. (Entrando 2.ª izquierda y viendo la risa de la Condesa) Así, asi me gusta.

ALFRE. Es original la Condesa. Se ha empeñado en enseñarme á amar.

FERN. ¿Sí? Pues como ella se lo proponga...

COND. No sabes, Fernanda, que sobrasaliente es. (En tono burlón) ¡Admírate! En una sola lección ha aprendido de la *a* á la *z*.

FERN. Eso se llama ser aprovechadito. ¡Vamos, que se atrevería Vd. á declarar su amor á una Condesita! (Con intención.)

ALFRE. No, Fernanda, solo hago pinitos.

COND. Yo me encargo de que lea usted de corrido.

FERN. Eso es; con un par de leccioncitas...

D. RODF. (Entrando) Pues será preciso avisar á los padres para que guarden á sus hijas. (La Condesa y Fernanda rien)

ESCENA XI

Dichos y D. RODOLFO (2.ª izquierda)

ALFRE. (Con cierto aire de disgusto) Usted está libre de eso.

D. RODF. Afortunadamente solo tengo un hijo que no se deja robar.

COND. ¿Pero se ha molestado usted Alfredito?

ALFRE. (Queriendo disimular el disgusto) ¡Molestarme yo!

FERN. Todo es pura broma.

D. RODF. ¡Enojarse este chico, con lo que él ha corrido!...

ALFRE. ¡Figurese usted!

COND. (á Alfredo) ¿Quiere usted acompañarme al salón?

ALFRE. ¡Con mucho gusto!

COND. Pues el brazo y á brindar por el amor que nace (Rie, vánse la Condesa y Alfredo 2.ª izquierda).

ESCENA XII

FERNANDA Y D. RODOLFO

(Fernanda se sienta y D. Rodolfo después de mirar para cerciorarse de que no le oyen, queda contemplándola un momento.

D. RODF. (Aparte) ¡Que hermosa es! Ya estamos solos. Ya puedes preguntar cuanto quieras? No lo deseabas?

FERN. (Con displicencia) Sí, pero yá pasó el deseo.

D. RODF. Eso sucede siempre à las mujeres. Acarician una idea; se encariñan con ella; son capaces de clavar las uñas al que intente borrarla de su imaginación; por ella darian la vida; sacrificarian por ella su honra, todo; pero este entusiasmo las dura lo que á los niños un juguete, el tiempo que tardan en ver otro.

FERN. No se puede arrancar una idea cuando se ha metido en el alma.

D. RODF. Tienen las mujeres las puertas del alma selladas.

FERN. Veo, Rodolfo, que eres otro.

D. RODF. El tiempo y los desengaños me han curado. Hace 18 años era yo un loco que vagaba por este revuelto mar, que llamamos mundo, con el corazón en la mano y la mente henchida de ilusiones; un visionario, un soñador; hoy, soy un hombre práctico, un hombre de mundo; ya no creo en las mujeres ¡vaya! por no creer ni en la mia. Y no es mia la culpa. ¡Que culpa tiene el espejo de reflejar todo lo que pasa por delante de él!

FERN. ¡Es mía!

D. RODF. Ciertamente

FERN. No pude hacer otra cosa, Rodolfo. Desobedecer á mi padre, no casándome con Pedro, hubiese sido su ruina, y yo debía salvarle. ¡Era su hija!

D. RODF. Si; tu buscaste la tabla salvadora, te asiste á ella .. y yo naufragué.

FERN. (Con tristeza) Pero, Rodolfo...

D. RODF. No, si no trato de molestarte.... Tu conducta no puede ser otra.... Mi proceder fué una consecuencia lógica... ¡Casada tú!.... la mujer que llenó mi corazón!... ¡mi única esperanza!... ¡la sávia de mi vida!.. ¿Qué iba á hacer yó? ¿amar á otra?.. ¡Imposible!... ¡Sería como un niño que quisiese apagar las estrellas con su débil aliento!... ¡Si me dejaste sin alma!

FERN. (Con ansiedad) Entonces ¿porqué te has casado?

D. RODF. Por lo que tú: por negocio; por salvar el estómago... ¿Qué importa que mi mujer pueda ser mi abuela, como dicen por ahí, si yo, siguiendo tu ejemplo, me he casado con unos cuantos miles de duros?.

FERN. (Interrumpiendo) ¡Rodolfo!

D. RODF. Y de miserable escribiente, he subido á caballero. ¡Ya me vés!

FERN. (Con tristeza) Si, ¡ya veo que de aquellos felices días no conservas ni un recuerdo!

D. RODF. ¡Recuerdos!... ¿Para qué?... ¿Para atormentarme con ellos?... ¡Bastante tiempo han sido mi martirio, mi pesadilla constante!..

FERN. También yo he sufrido, y sufro y devoro en silencio mis penas sin hallar quién las mitigue!

D. RODF. Sí; habrás llorado tú también; pero una lágrima de un hombre es un mar de pena y yo he derramado muchas!.... Qué días!.... ¡Qué noches!... ¡Eran interminables...! Pugnaba por arrancar de aquí

(señalando á la frente) tu imàgen, pero parecía que la habían metido á fuerza de martillazos ... Querìa hallar una prueba ¡una sola! que justificase tu conducta, y revolvía mi mente, y me devanaba los sesos, y mis ideas se confundían, y mis pensamientos se atropellaban como las olas, ¡y siempre delante tu infamia! ¡tus burlas abofeteándome el rostro!... Viendo siempre à aquella mujer que me pertenecía á mi, ¡á mi solo! en brazos de otro hombre, ahita de placer, inclinar con movimientos de gata su cabecita sobre los hombros, y mostrarle sus labios de fuego por la pasiòn, y percibir el estallido de un beso...

FERN. ¡Rodolfo, por Dios! (Se habrà levantado paulatinamente durante el anterior parlamento.)

D. RODF. ¡Y se me ponía una nube de sangre delante de los ojos, y pensaba en matarte, y acariciaba esta idea, y hasta me complacía mirándote en los extertores de la agonía revolcarte en un charco de sangre sobre la mullida alfombra!

FERN. ¿Y qué pude hacer yo, Rodolfo de mi alma?

D. RODF. Hacerme feliz.... ¿No me querias?

FERN. ¡Tanto como ahora! ¡Vé si te quiero que te he buscado con ánsia!

D. RODF. Sí; y me has hallado. ¿Pero cómo me has hallado?

FERN. No importa el cómo. Tù me quieres ¿verdad, Rodolfo mio, que me quieres? (Con ternura)

D. RODF. ¡No lo sé!...

FERN. Rodolfo, por Dios, no me atormentes más!

D RODF. (Aparte) ¡Me parte el alma!

FERN. ¡Ten piedad de mi!

D. RODF. (Volviéndose à Fernanda) Mira. Fernanda ¿à qué ocultarlo más tiempo?.... ¡te quiero con toda mi vida!

FERN. ¡Gracias, Rodolfo mío, gracias! ¡Hoy vuelvo á ser feliz! (Suena música de wals dentro.)

ESCENA XIII

Dichos MARUJA Y CARLOS (à la puerta segunda izquierda.)

MARUJA ¡Mamá, el wals!

FERND. ¡El amor y la música, armonías sublimes del alma!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado

ESCENA PRIMERA

FERNANDA, LA CONDESA, D. RODOLFO Y D. JOSÉ

(Ellas sentadas en el sofá del centro: D. Rodolfo en una butaca á un lado y D. José en pié)

FERN. ¿Y no has tenido noticias de tu marido?

COND. (Con displicencia) No. El amor de los hombres es como las deudas; estando lejos el acreedor se olvidan y no se pagan.

D. RODF. Es extraño, que un hombre como el Conde, modelo de honradéz, abandone así á su mujer; y más siendo esta joven y guapa.

COND. Pues no hay nada más natural. ¡Somos una carga muy pesada!

D. JOSÉ Resultó blando, como diría Alfredito.

D. RODF. (Con ironía) ¡Qué cosas hacen los hombres!

FERN. (Con ironía) Y la verdad es que no tenía motivos.

COND. Los hombres, cuando no los hay, los inventan.

D. RODF. (Con ironía) No merece perdón el Conde. ¡Parecerle pesada una pluma!

COND. Mis gastos eran excesivos; todo se lo llevaba la modista... ¡Y me hacia un vestido cada mes! Esto, aparte de algu-

no extraordinario, cuando había que asistir á alguna reunión magna; no iba á presentarme con un traje ya visto.

D. JOSÉ ¡Qué se diría! Las mujeres deben tener un par de docenas de trajes al retortero, y no parar de hacer visitas à la modista.

FERN. Que menos, hoy que el vestido constituye á la mujer.

COND. Luego... mi conducta no le satisfacía... ¡Era yo muy coqueta!... ¡Me gustaba bromear con todo el mundo!... ¡Mi caracter!

D. RODF. Y él, en cambio...

COND. Era inaguantable; todo le sentaba mal; nada le agradaba; tenia celos de todo el que entraba en casa. ¡Vamos!... con decirles á Vds. que hasta le tomó ojeriza al Marqués... ¡á un viejo con 60 años! porque le gustaba pasar las veladas á mi lado.

FERN. (Con ironia) ¡Celos sin fundamento!

COND. Ya ves.

D. JOSÉ Menos que un castillo fabricado sobre arena.

ESCENA II

Dichos y MARUJA (Primera izquierda)

MARUJA ¿A quien toca desollar esta noche?

D. JOSÉ Que cosas se le ocurren á Maruja. ¿Verdad, Condesa?

COND. De niña.

FERN. ¿Porqué es esa pregunta, hija?

MARUJA Porque como es costumbre hacer de este gabinete sala de disección...

COND. ¿Y ha descansado ya la linda Maruja?

D JOSÉ Ya estará dispuesta para otro. A los 17 años no se siente fatiga.

MARUJA Pues se equivoca Vd. D. Josè, que me siento muy fatigada.

D. RODF. No fué tanto lo que se bailò.

FERN. El poco hàbito.

COND. Ya se irá acostumbrando.

MARUJA No, no me gustan las veladas de ese género.

COND. ¡Cómo!

MARUJA Me fastidian.

D. JOSÉ Hay muchos gustos.

COND. Y algunos muy raros.

MARUJA Lo será el mio; pero lo confieso con ingenuidad. ¿Qué se consigue de ellas?

D. JOSÉ Dice bien Maruja.

COND. La popularidad, la distracción, la amistad de las personas influyentes. ¿Qué sería de las que vivimos en el *gran mundo* sin esas reuniones? Seriamos seres desconocidos; y un ser desconocido es menos que un muerto.

D. RODF. Existen otros medios para darse á conocer, Condesa.

FERN. Es verdad.

COND. Ninguno más apropósito. El que inventò los bailes debió ser un hombre de muchísimo talento.

MARUJA Yo los comparo á los escaparates de las tiendas de comercio, que así como en ellos se ponen las mejores telas para llamar la atención de los que pasan, también en esas *reuniones magnas* hay ricos tisues, sedas de Liòn, terciopelos franceses ceñidos á cuerpos de mujeres indolentes expuestas á la venta.

COND. ¿Qué dices, Maruja?

MARUJA Lo que Vd. acaba de oir, Condesa. Son templos de murmuración, altares levantados á la soberbia. ¿Sabe Vd. loque yo pensaba anoche viendo tanta luz, tanto color, tanta seda lamiendo el alfombrado suelo?, pues pensaba y me decía: ¡Si la humanidad toda se despojase de su

indomable orgullo, no habría séres sin asilo donde albergarse y sin pan que llevarse á la boca!

FERN. (Besa à Maruja.) Así te quiero, corazón.

D. RODF. ¡Bien por Maruja!

D. JOSÉ Condesa, ha salido Vd. derrotada.

COND. Tengo formado mi criterio

D. JOSÉ Debe ser respetado.

ESCENA III

Dichos y ALFREDO (Por el foro.)

ALFRE. ¡Felices! (Saludando.) ¡Fernanda.... bellísima Maruja.... encantadora Condesa.... digo, querida maestra!

COND. Ya estaba preparando el castigo para mi discípulo.

ALFRE. Hay causa para ello. La ofrecí á usted estar aquí á las once, y son las doce y media. ¡Perdoneme usted, Condesa!

COND. Está usted perdonado.

ALFRE. ¡Gracias!

FERN. Y ¿á que ha obedecido la tardanza? si no es indiscreción.

D. JOSÉ A alguna nueva lección de amores, sin duda.

D. ROD. Se habrá discutido algun pase del Guerra; algo interesante, ¿eh?

ALFRE. En efecto.

MARUJA ¿Han regenerado ustedes al pais?

ALFRE. Precisamente; por el sistema de «Selección.»

D. RODF. ¿Natural?

D. JOSÉ ¿Es usted darwinista?

ALFRE. No se trata de ninguna teoria filosófica.

COND. Ya ha despertado usted nuestra curiosidad.

D. JOSÉ (Aparte) ¡Que milagro!

FERN. Vaya sepamos que es ello.

ALFRE. (con énfasis) Es una selección especial; pudiéramos llamar la «Selección de honor.» Consiste esta en huir de la amistad y trato de todas aquellas personas que por su conducta se hagan indignas á vivir dentro de la sociedad.

MARUJA (Con ironia) ¡Será curiosa!

D. JOSÉ ¡Y humanitaria! (Con ironia).

D. RODE. Y ¿á quien se debe idea tan regeneradora?

ALFRE. A un servidor de usted.

FERN. ¡Vaya! Va usted á hacerse célebre.

ALFRE. Sugiriómela una escena que presencié anoche y que ha dado motivo á sacar del misterio á una dama.

COND. ¡A ver, à ver! Explíquenos usted ese misterio.

ALFRE. Nada; la historia de una mujer, el inventario de una vida.

D. JOSÉ La eterna cuestión.

ALFRE. Imagínense ustedes una casa de moderna arquitectura; un jardín en la parte opuesta á la fachada; una mujer que lo cruza; un hombre que entra, y un beso que estalla.

D. JOSÉ Y una honra hecha girones.

D. RODF. ¿Será cierto? (Aparte).

FERN. (Con ansiedad). Y... ¿dice usted que presenció todo eso?

ALFRE. Sí.

COND. Reconocería usted á la pareja?

ALFRE. Protegida por la oscuridad de la noche no me fué posible.

MARUJA Es usted un podenco de los más finos; siempre está usted olfateando.

COND. Es extraña la historia y poética.

MARUJA Parece un capítulo de novela de folletin.

ALFRE. ¡Y qué partido le hemos sacado! ¡Como nos hemos divertido!

D. JOSÉ ¡Bonita diversion!

ALFRE. Suenan cien nombres, que se acojen con horribles carcajadas.

FERN. (Aparte.) ¡Dios mío!

ALFRE. Todos echan á volar su imaginación sin miedo á lastimar la honra más acrisolada. La frase más dura y la sátira más sangrienta se acogen con aplausos. ¡Nada de defensores; jueces implacables todos! Será el padre, dice el marquesito de la Roca; ò el hijo, exclama Enriquito del Olmo; ó serán los dos: digo yo. ¡Esto ha sido un triunfo! ¡Bebamos en celebración de tan fausto descubrimiento...!

D. RODF. (Aparte) Te arrancaría la lengua.

ALFRE. Y entre el humo del cigarro y la copa del cognac, como se dice en *El Gran Galeoto*, se le pasó allí revista á todo bicho viviente. Y no hay nadie que se escape. Cae uno, se le descuartiza; no hay que tenderle la mano, ¡mancha! dejarle en el fango; que se revuelque en el cieno. ¡Hay que limpiar la sociedad de esas babosas con alas de maripositas encantadoras!

D. JOSÉ (Con ironía) ¡Eso! Hay que purificar la atmòsfera que está saturada de miasmas; aplastar á esas víboras para evitar su ponzoña (Dàndole una palmada en la espalda.) Vosotros los hombres de honor sois los llamados á exterminarlas.

COND. Es interesante. ¡Pero que lástima que no sepamos los nombres!

MARUJA Pues maldito lo que nos interesa á nosotras.

ALFRE. Ya, ya irá la novela siendo interesante.

FERN. Si, usted se encarga de ello.

COND Es urgente, Alfredito, saber los nombres para aislarles.

MARUJA Como á los apestados.

COND. Son peste moral.

FERN. Señores, propongo una partida de billar para quitarnos el amargor de esa *interesantísima* historia.

COND. Aceptada.

ALFRE. Aceptada.

COND. Yo con mi discípulo.

FERN. Y yo ..

ALFRE. Usted con D. Rodolfo.

MARUJA (A D. José) Y nosotros para llevar la contabilidad.

FERN. Pues, señores, ¡al salón!

ALFRE. ¡Al salón! (Vánse 2.ª izquierda, primero Condesa y Fernanda, y detràs D. Rodolfo, Alfredo y D. José. Maruja queda en la puerta.)

ESCENA IV

MARUJA Y CARLOS (Por el foro.)

CARLOS (Reparando) ¡Maruja!

MARUJA ¡Carlos!

CARLOS ¡Mi bien! ¡mi dicha! ¡mi gloria!

MARUJA No, no me digas ternezas. ¡Me tienes muy disgustada!

CARLOS ¿Disgustada tu? y ¿soy yo la causa?

MARUJA Si, tu; te estoy esperando desde las diez.

CARLOS ¡Ven à mi tontilla! No te dè disgusto de eso. Si he estado trabajando en casa.

MARUJA Pues prométeme que no has de faltarme màs.

CARLOS Te lo juro. ¿Estás ya contenta?

MARUJA ¡Y como no, si...!

CARLOS Acaba, dí que me quieres mucho; no me lo ocultes.

MARUJA Si no te lo oculto. Y á propósito: Alfredo está empeñado en saber nuestros amores, y anda al acecho.

CARLOS Pero no se entera.

MARUJA Lo que es por mi ya está fresco.

CARLOS Y por mí. ¡Que se venga con preguntitas indiscretas ese charlatán!

MARUJA ¡Si por causa suya llega á saberlo mamá!

CARLOS ¿Qué? ¿que sucederia?

MARUJA Que no podriamos hablar. Quizás se opusiera.

CARLOS ¡Que habia de oponerse! ¿Por qué?

MARUJA Bueno; aunque lo consienta; es preciso que lo ignoren todos.

CARLOS Lo ignorarán. En sabiéndolo tu y yo... y tu lo sabes; yo....

MARUJA ¡También tu sabes que te quiero con toda el alma!

CARLOS ¡Dílo, dilo otra vez, repítelo; que esa frase suena en mis oidos como un concierto celestial; regocija mi corazón como la no aprendida música de los pajarillos alegra el valle teñido de rosa al saludar á la naciente aurora; refresca todo mi ser, como el agua los campos, el rocío las flores!

MARUJA ¿Pero es verdad que me quieres tanto?

CARLOS Tanto que eres mi único pensamiento.

MARUJA ¿Y sueñas conmigo?

CARLOS Todas las noches. ¿Y tu?

MARUJA ¿Yo?.... ¡sueño siempre! Hoy después de almorzar me sentía algo fatigada, y me acosté para dar descanso á mi cuerpo; y apenas el sueño privó de sensación mis sentidos dejando en vigilia la imaginación ¡tuve un ensueño!....

CARLOS ¡Sí? ¡Cuéntamelo! (Se sientan.)

MARUJA Oye. Era yo una pajarita de pintado plumaje, que tendía con libertad mi vue-

lo por el espacio azul, trinando regocijada, por haber encontrado un árbol corpulento, que tocaba al cielo, en cuya copa había fabricado mi nido con otro pajarillo como yo ¡alegre! ¡vivaracho! cuando vine á posarme sobre la rama de un arbolillo, para coger algún insecto que llevar á mis hijuelos. No bien había plegado mis alas, cuando un astuto cazador, que oculto tras unas matas estaba, disparó su arma contra mi ¡que ningún daño le había causado è hiriòme en una patita! ¡Qué crueles son los hombres! (Con tristeza.)

CARLOS Verdad. ¡Para que creó Dios á los pájaros sino para volar libres por el aire!

MARUJA Lo agudo del dolor lanzòme á tierra, y bien pronto la mano de mi enemigo aprisionó mi débil cuerpecito, y, ò no fueron bastantes mis quejas ó no entendió mi lenguaje, que de haberlo sido hubiérame puesto en libertad por no dejar viudo á un pajarillo que desde el cercano árbol lloraba, y huérfanos á dos hijuelos, que asomadas las cabecitas, todavía desnudas, á los balcones del nido, increpaban con sus piadas á mi cruel carcelero!

CARLOS ¡Pobres pajarillos, y pobre viudo!

MARUJA Trájome á la ciudad, y encerrada en una cárcel de plata entretenía con mi triste cantar las orejas de unos señores muy ricos y que me cuidaban muy bien; ¡pero yo no podía comer! ¡mi canción era un canto mortuorio! llegué á ponerme ¡muy fea! ¡cayerónseme mis más bonitas plumas! Así pasó tiempo. Un día enque la criada llenábame el comedero, mientras limpiaba la taza, quedó la puerta abierta, y volé ¡al balcòn! luego ¡más

alto! ¡al tejado! de allí ¡al campo! ¡en busca del nido de mis amores! ¡Entonces si que trinaba con gozo, con alegría suma...! ¡Iba á ver á mis hijuelos...! ¡á mi fiel pajarillo...! ¡á mi único amor....! Llegué cerca del árbol, y quise sorprenderles; pero el viento habíales llevado mi voz, y me esperaban con sus cabecitas de plumas asomadas á los balcones del nido entonando alegres cantos, mientras mi querido compañero, que á recibirme salido había, revoloteaba alegremente, besándome con su piquito; y yo también le besaba, y ¡con que placer! (Con tristeza) Cuando me despertó Teresa me dió coraje. ¡Que poco dura la felicidad! pensé. ¡Si la dicha real de que tanto me habla Carlos nos la arrebatan con la facilidad que la soñada, ¡para que habremos nacido!

CARLOS ¡Quien piensa en eso! Nuestra dicha será infinita, eterna, inmortal como el alma de donde nace!

ESCENA V

Dichos Y ALFREDO (2.ª izquierda)

ALFRE. (Aparte) ¡Oh! ¡Un nuevo triunfo! (Dirígese andando en la punta de los piés hácia Maruja y Carlos, que siguen hablando sin haber notado su presencia, y llega hasta ellos.) ¡Presos! (Levántanse sorprendidos.)

CARLOS ¿Eres tu? (Con mal humor al verle)

ALFRE. He querido sorprenderte, para que no me lo niegues.

CARLOS (Hace un signo de desprecio. Aparte) Estúpido.

MARUJA Una gracia (Con ironía) ¡Si es usted muy gracioso!

ALFRE. ¿Estaban ustedes como dos tortolitos jurándose eterno amor?

MARUJA No señor. Y crea usted que lo siento. Le contaba á Carlos una historia.

ALFRE. ¡Una historia!

CARLOS Si; la de una Condesita...

MARUJA Y un joven aristócrata.

ALFRE. Será interesante.

MARUJA Más que la que usted nos contó.

ALFRE. Desearía conocerla.

CARLOS Sería raro en tí, que tan aficionado eres á los chismes de vecindad, lo contrario.

ALFRE. Me desvivo por saber.

MARUJA Pues ya se la referiré à usted para que haga filosofía sobre ella.

CARLOS Podràs escribir un libro.

MARUJA Que se imprimirà en todas las lenguas.

ALFRE. ¡Oh! ¿Llegarè á ser tan popular como el Guerra?

CARLOS Mas, hombre, mas. (Aparte) ¡Que imbécil!

ALFRE. Ya estoy esperando...

MARUJA Cuando coleccione los puntos más importantes...

CARLOS Si, hombre, es muy larga. Mientras, jugaremos una partida.

ALFRE. Convenido. A ver si contígo tengo mejor suerte.

MARUJA ¿Le han pegado á usted?

ALFRE. ¡Una paliza enorme! Y lo extraño es que juego siempre con chambones y pierdo. Nada, lo que dice un amigo cuando me vé perder: «Chico, si es que llueve para arriba.»

MARUJA No se rebaje usted á jugar con ignorantes. (Con ironía.) Carlos sabe menos que los que le acaban de ganar á usted.

ALFRE. No, Marujita, Carlos es el mejor juga-

dor de billar que he conocido; por eso me gusta jugar con él.

CARLOS (Aparte.) Adulador. ¿Vamos?

ALFRE. Pero no está bien dejar sola á Maruja.

MARUJA No, yo me retiro... á preparar la colección. (Con burla.)

ALFRE. Siendo así....

CARLOS Sí, vamos. Hasta ahora, Maruja. (Vánse Carlos y Alfredo hacia la 2.ª izquierda y Maruja los sigue)

ALFRE. (Como recordando) ¡Ah! Que no se olvide ningún hecho de esa transcendentalísima historia.

MARUJA Los tendrá usted todos.

CARLOS Sí, hombre, todos. Pasa. (A la puerta.) Tu primero. No faltaba más. (Vánse 2.ª izquierda.)

MARUJA Bien dice el adagio: «El peor mal de los males es bregar con un gomoso». (Vàse 2.ª derecha.)

ESCENA VI

FERNANDA (1.ª izquierda)

(Con tristeza.) ¡Qué dicha es esta Dios mio, que trae apare jada tanta desdicha! ¡Ya empieza mi cal vario!... ¡Qué horrible sufrir!...(Pausa breve. Se sienta.)* Ya estoy sola; sola con mis pensamientos; repitiéndomelos; estrujándolos con la imaginaciòn; analizándolos; atormentándome con ellos. *¿Por qué esta pasiòn, criminal, sí, que me arrastra al abismo? ¿Por qué le amé tanto? ¿Por qué le amo todavia? ¿No está casado? ¿No es de otra mu... No, que su alma es mia, y no hay nadie capáz de arrebatármela! * (Recordando) ¡Què feliz vivía entonces! Mis dias se deslizaban

cual manso arroyuelo sin que la más leve piedrezuela entorpeciera el suave correr de mi onda vital... ¡Qué alegres pasaban las horas, y como me complacía en oir los amores de mi Rodolfo! (Con tristeza) ¡Todo acabó... pasó la dicha... huyó para siempre mi felicidad... solo me queda el sufrir! (Recordando y con rabia) ¡Con que gozo lo contaba, y yo con que vergüenza le oia! *(Risas dentro) Esas risas. (Se levanta y se acerca à la puerta 2.ª izquierda. Siguen las risas)*¡El clamoreo de las gradas al caer un caballo despanzurrado...! Festín de buitres hambrientos cebándose en carne muerta!*(Aparta la cortina de la puerta para ver)¡ Son ellos, si, mis *amigos*! (Risas) ¡Ya tienes fiera tu presa; mata, devora, que no se te escape! (Risas) La tempestad que se acerca; grullas que la anuncian; ya la siento aquí (al corazón) despedazándome el alma! (Se aparta de la puerta) ¡Sufre, Fernanda, sufre, mucho; bien lo mereces; padece corazón sin que se enteren los ojos, que el llanto deja señales! (Se deja caer en el sofá).

ESCENA VII

FERNANDA Y D. JOSÉ (1.ª izquierda)

D. JOSÉ — Aquí está. (D. José al ver el abatimiento en que se halla sumida Fernanda) ¿Fernanda, hija mia, que tienes? Estas muy abatida. ¿Te sientes mal?

FERN. — No, no siento nada; ya pasará. No se alarme usted, D. José.

D. JOSÉ — ¿Quieres que avise al médico?

FERN. — Mi enfermedad, D. José, no la cura la

ciencia. Son dolores del alma, y esos solo la muerte se encarga de ellos. Pero hablemos de otras cosas.

D. JOSÉ Hablemos de lo que tu quieras.

FERN. De la quinta, del campo, sí, de cosas alegres. Los dias de grandes impresiones necesitan grandes alegrias; el corazón es como la tierra; después de grandes lluvias le falta sol, mucho sol, chorros de luz y calor que la vivifiquen y alegren. Si; hablemos de la quinta; deseo pasar en ella una temporada.

D. JOSÉ Cuando tu quieras no hay más que marchar; ya sabes que quedò arreglada perfectamente.

FERN. ¡Como me refrescarían el alma las flores con sus aromas; los pajarillos con su música; el rocío con su frescura...!

D. JOSÉ Fernanda, tu me ocultas algo grave.

FERN. ¡Algo grave! No, D. José, si estoy muy contenta, sí, muy contenta.

D. JOSÉ A mi no me engañas; te conozco hace màs de 30 años, y he bregado contigo más que tu padre. ¡Con que figurate!

FERN. ¡Mi padre! ¡Si hubiese sabido el mal que causó á su hija!

D. JOSÉ ¿Es acaso tu padre la causa de tu tristeza?

FERN. Bastante parte ha tenido.

D. JOSÉ Vamos déjate de niñerías. A 15 años de distancia... Tu abatimiento obedece á otras causas.

FERN. ¿Y Vd. no las adivina? Es verdad. ¡Qué entienden los angeles de las miserias del mundo! En mi alma, D. José, se desencadena una tempestad furiosa ¡horrible! que yo, dice Vd. muy bien, en vano quiero ocultar; ella se escapa por los ojos en lágrimas, y por la boca en suspiros. Yo misma pienso engañarme.

D. JOSÉ (Aparte) ¡Pobre Fernanda!

FERN. Siento algo, así, como si una manaza de hierro me oprimiese el corazon, y él luchara por romper el círculo que le ahoga; como si toda la sangre de mis venas se hubiese agolpado de repente en el cerebro, y pugnara por salir á borbotones. D. José, Vd. debe saberlo todo; tiene Vd. derecho á ello.

D. JOSÉ Pues habla, que aquí me tienes para mitigar tus penas. (Siéntase).

FERN. Era yo muy niña. Tendría apenas 5 años, cuando murió mi madre; lo recuerdo así, muy vagamente, como se recuerda un sueño. Mi padre, para atender á mi educación, quiso llevarme á París. Esto es muy aristócrata.

D. JOSÉ Y yo me opuse.

FERN. Así fué. Por consejo de usted púsome una institutriz muy buena... ¡Pobre señora, cuanto la hice rabiar! Los ratos que la administración de los bienes de mi padre le dejaban á usted libre consagrábalos usted á mí... ¡Cuanto se lo agradecia yo! Mi padre estaba muy distraido; nuevos amores habían borrado de su corazón la imagen de mi madre y... tal vez el cariño de su hija.

D. JOSÉ Pero, Fernanda...

FERN. Una mañana estaba yo en mi camita, despierta, pero con los ojitos cerrados, pensando en mi madre; de pronto abrióse con estrépito la puerta, y yo abrí asustada los ojos. Era mi padre: «Papá, le dije tendiéndole mis débiles manecitas, un beso;» y él, en tono mezcla de desprecio y amenaza, contestóme: «Duerme y calla.» Me causó miedo y pena esta respuesta, y cerré de nuevo mis ojitos ya húmedos por las lágrimas, y empecé

à sollozar, y á pensar en las otras hijas que tienen padres y las besan, y en mi madre del alma, que ¡ella si que me hubiese besado! ¡Pobre madre mia! (Llora)

D. JOSÉ ¡Pobre Fernanda!

FERN. Después supe que mi padre se habia marchado á Paris con una mujer. El amor que tuvo á mi madre murió con ella... el cariño á su hija... ¡flor que se agostò en capullo; llama apagada al nacer; vida que acabó al vivir; estrella fugaz; luz de relámpago! ¡Esto fué el cariño de mi padre! (Pausa que crea el actor).

D. JOSÉ (Aparte) Es verdad.

FERN. Pasó tiempo; no sé cuanto. Los negocios de mi padre iban mal; usted lo sabe mejor que yo.

D. JOSÉ Sí, estaba á punto de arruinarse.

FERN. Entonces puso en venta el diamante que tenia escondido, su última alhaja; y concertó mi matrimonio con D. Pedro, un francés muy rico que habia traido para asociarlo á la mina.

D JOSÉ Y á quien hablaba mucho de ti.

FERN. Sí; me trajo un marido como hubiese podido traerme un juguete; pero esto era más positivo.

D. JOSÉ Y te casaste ..

FERN. Y me casò. No valieron mis sùplicas, ni mis lágrimas. A los tres meses murió mi padre; al año mi marido.... Le lloré por lo que se llora muchas veces; porque hay que llorar; sentí su muerte como se siente la desaparición de un amigo; no habia logrado con sus caricias y sus mimos interesarme el alma. ¡Y cómo conseguirlo, si estaba muerta para èl, si vivía solo para Rodolfo!

D. JOSÉ (Con sorpresa.) ¡Cómo! Rodolfo....

FERN. Rodolfo, sí. Antes de casarme tuve

amores con él. Poco tiempo; lo bastante para despertar en mí esas gratas emociones que endulzan las amarguras de la vida; le amé, y le amé mucho, con todos mis sentidos, con toda la fuerza de que es capaz el corazón virgen de una mujer. ¡Y él también me quería! ¡Qué feliz!

D. JOSÉ Bien; pero aquellos amores acabaron y.....

FERN. ¡Cómo, si no ha muerto el alma! Se aumentó la pasiòn, como el fuego que momentáneamente se cubre para exponerlo á mayor corriente de aire; creció, como crece la yerba que se siega sin arrancar su raiz.... Mi corazón estaba ansioso de dicha.... y la buscò.... y la halló, aunque tarde.... Rodolfo se había casado; pero esto no me importaba.... le quería fuese como fuese.... él también á mí... le propuse huir lejos... ¡muy lejos!.... no lo quiso.... sería un escándalo. .. me decía, era mejor permanecer aquí.... amarnos en secreto ... vivir en el misterio.... y accedí.

D. JOSÉ Y lo sé yo, y nadie más.

FERN. No, D. José lo sabe todo el mundo; ya todos se explican el misterio. ¿Oyó usted la historia que contó Alfredo?

D. JOSÉ ¿Acaso tu....?

FERN. Yo; yo soy esa mujer que mancha.... yo la que he pisoteado mi honra, que es la de mi hija.... yo, la que he entregado mi cuerpo para que esas fieras sin entrañas lo despedacen.... ¡Qué vergüenza! (Sollozando.) Pero perdóneme usted, D. José, ¡por Dios! perdóneme usted, ¡que soy digna de compasión! (Llora.)

D. JOSÉ Vamos, hija mía, no llores. (Saca el pañuelo

y se seca los ojos) Valor y resignación para hacer frente á la adversidad.

FERN. Valor no me falta. (Risas dentro) ¡Esas risas me hielan la sangre!

D. JOSÉ Enjuga las lágrimas. Me harás llorar á mi tambien.... (Se levanta Fernanda y se dirige à la 1.ª derecha. Vàse. Procúrese que antes de la salida de escena de Fernanda aparezcan en ella la Condesa y Alfredo)

ESCENA VIII

D. JOSÉ, LA CONDESA Y ALFREDO (2.ª izquierda.)

COND. Nada; que no sirve usted, Alfredito.

ALFRE. (Con malicia) ¡Condesa..!

D. JOSÉ Usted siempre cosido á las faldas.

ALFRE. Cada hombre nace con sus inclinaciones.

COND. Parece que Fernanda se ha retirado. (Con intención) ¿Se siente indispuesta?

D. JOSÉ Si; es cosa ligera, no hay que alamarse, Condesa.

COND. Más vale asi.

D. JOSÉ Vaya, voy à avisar que nos sirvan el té.

COND. Pero Fernanda...

D. JOSÉ Lo tomará.

ALFRE. Si, perfectamente. (Vàse D. José 2.ª izquierda.)

ESCENA IX

LA CONDESA Y ALFREDO

COND. (Sentàndose de modo que dé la espalda à la puerta 2.ª derecha.) Están divididas las opiniones, Alfredito.

ALFRE. No, Condesa, yo siempre seguiré la de mi querida maestra. He creido que la única

culpable era la hipocritilla Maruja, porque como son creencia mia los amores de Carlos....

COND. Bien, pero esa afirmación es hipotética. La mía es categórica, concluyente. Yo tengo pruebas de la culpabilidad de Fernanda. ¿No ha notado usted algo extraño en su semblante? (Alfredo hace un movimiento negativo) ¿No le dicen á V. nada sus ojos quemados por las lágrimas?

ALFRE. Sí, que ha llorado.

COND. Que ha confesado su culpa á D. Josè, y este la ha reprendido duramente.

ALFRE. Es verdad.

COND. Este es un argumento de primera fuerza.

ALFRE. De donde resulta, que hay que hacer una doble amputación; porque si ha delinquido la madre ha pecado también la hija. Las faltas de los padres las heredan los hijos. Las virtudes no se trasmiten, estas son personalísimas.

COND. ¿Luego Vd. cree?...

ALFRE. Que debemos seleccionar.

ESCENA X

Dichos y CARLOS (2.ª izquierda) Al final MARUJA, D. JOSÉ Y FERNANDA (Estos personages irán apareciendo cuando lo indique el diálogo.)

CARLOS (Entrando y aparte) ¿De quien murmurarán? (Dirigiéndose à la Condesa) ¿De quien se habla?

COND. ¿De quien hemos de hablar?

ALFRE. De la protagonista de una historia que anda hoy en todas las lenguas; el tema obligado en los círculos y que tiene interesado á todo el mundo.

CARLOS He oido ahí dentro rumores, abejorreo

de no sé que mujer... de un jardin... pero no ha picado tan fuerte mi curiosidad para prestarle atención. He observado que mientras mi padre estuvo en el salón, el abejorreo no zumbaba, tal vez por respeto á èl. Como saben que no es amigo de chismes...

ALFRE. ¿Llamas así á una cuestión de honra?

CARLOS ¿De honra?... ¡Vamos!... ¿Y se le dá ó se le quita?

COND. No somos nosotros quien la quitamos; son ellos, los que con sus actos contrarios á la moral la arrojan al lodo más inmundo.

CARLOS Bueno, pues, Condesa, para ellos es el daño. A mi no me estorban ni me manchan. Si encuentro á uno de esos seres en mi camino, en vez de escupirle y pasar por encima de él, le tiendo la mano y le levanto, y me compadezco de su desgracia, y le alivio, si puedo, y lloro con él.

ALFRE. Pues el que se acerca al cieno es fácil que se manche.

COND. Y Vd. está muy cerquita...

CARLOS No la comprendo á Vd., Condesa.

COND. Como hace Vd. la corte á Maruja... y ella...

CARLOS Ahora la entiendo menos.

COND Pues, hijo, está clarísimo.

ALFRE. Si, hombre. ¿No tienes amores con Maruja?

CARLOS No me unen más lazos que los de la amistad; pero, aún admitiendo la afirmación de la Condesa, no veo la relación...

ALFRE. Pues existe. Podrias casarte mañana y...

CARLOS ¿Qué? Habla... pronto... acaba!...

ALFRE. Que su madre es... la mujer de esa historia que corre por ahí.

COND. La que abrió la verja del jardín.
(Maruja aparece 2.ª derecha. Allí permanecerá, hasta que indique el diálogo, sin ser vista de los actores.)

CARLOS (Con sorpresa) ¿Su madre? ¿Has dicho su madre...? ¿Fernanda? ¿Fernanda la que...

MARUJA Hablan de mi madre.

COND. Si, Carlos, por desgracia en la buena sociedad se han introducido esos venenosos reptiles.

MARUJA ¿Qué dice? (Con sorpresa.)

CARLOS No, no es verdad, no puede serlo. Fernanda es una mujer honrada.

ALFRE. Lo habrá sido, pero hoy...

MARUJA ¡Miserable!

CARLOS Lo es. Esa acusación es una calumnia fraguada por alguno que no tiene otro quehacer que manchar como la babosa y emponzoñar como la víbora, por *alguno* que lleva estigma en la frente ó por *alguna* que debiera estar en las arrepentidas llorando su culpa.

ALFRE. Decimos....

CARLOS Lo que ni tu eres capáz de defender, ni Vd , Condesa, de probar.

MARUJA Ya lo comprendo todo.

ALFRE. Yo... no defiendo nada.

COND. Yo... solo digo que Fernanda...

MARUJA (Adelantando precipitadamente) (Con energía) ¡¡Mentira, calumniadores!! (La Condesa y Alfredo quedan sorprendidos) Lo digo yo, y no hay nadie que me desmienta. (Aparece D. José en la puerta 2.ª izquierda)

COND. Pues todo el mundo...

MARUJA Miente el mundo, y miente Vd., y mintiera el cielo si tal afirmara; que esa mujer es mi madre... y mi madre es más honrada que Vd... y que su madre de usted.
(Fernanda aparece en la puerta 1.ª derecha)

CARLOS Confundelos. (Con alegría)

D. JOSÉ ¡Así te quiero!

COND. Anoche abrió una mujer la verja del jardin para que entrase un hombre.

FERN. ¡Dios mio!

COND. ¿Quién fuè esa mujer?

MARUJA ¿Esa mujer? (Queda un momento indecisa) ¡Yo!

CARLOS (Sorprendido) ¿Tu?

CON Y ALF ¡Ella!

FERN. (Con ansia) ¡¡Hija mia!! (Corre hacia Maruja y esta hacia Fernanda, y al decir la siguiente frase se abrazan. Fernanda queda desmayada)

MARUJA ¡Madre de mi alma!

CARLOS (Se deja caer desesperadamente sobre la butaca) ¡No, no es verdad!

D. JOSÉ ¡Maruja, que has hecho!

MARUJA ¡Salvar la honra de mi madre, la mia que importa!

ALFRE. (A la Condesa) ¡Mia es la victoria (La actitud de los actores serà esta: Maruja y Fernanda en el centro, aquella sosteniendo à esta y besàndola. Condesa y Alfredo à la derecha à una honesta distancia. Carlos à la izquierda sentado con la cabeza entre las manos. D. José junto à Maruja y Fernanda.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena en una quinta.—Gabinete elegante y modesto; puerta al foro que dá salida al campo; á la derecha de esta una ventana; dos puertas laterales á derecha é izquierda; dos mesas con espejo y objetos de adorno; sillas y butacas.

Tanto en las puertas como en la ventana habrá cortinas blancas. El escenario, al levantar el telón, estará iluminado débilmente. Comienza á entrar la noche.

ESCENA I

TERESA Y PEDRO (Estarán en la puerta del foro.)

TERESA — No se divisan los señores.

PEDRO — Pues la noche vá entrándose á güen andar, y no son mu á propósito esos serros pa saltar por ellos sin lus.

TERESA — Por la señorita Maruja no hay que temer, que salta como una corza.

PEDRO — Pero la señorita Fernanda se ha quedao tan debilitá... (Se retiran de la puerta.)

TERESA — Pues hoy se encontraba con ganas de andar.

PEDRO — No habrán trepao tanto. Es mucho y está mu empinao pa que suban D. José y la señorita.

TERESA Como Maruja se empeñe suben, no digo ahí, al cielo. ¡La quieren mucho! Y desde que nos trasladamos á esta quinta han extremado más sus caricias. Todo su afán es hacerla olvidar lo pasado.

PEDRO ¡Lo pasao! ¿Y que es lo pasao? ¡Tienen ustés las mujeres una lengua!...

TERESA Yo digo....

PEDRO Lo que toas esas envidiosas que barren la casa del vesino y no ven la basura en la propia. Lo que les ha paresio. ¿Hay alguien que viera á la señorita Maruja? ¿La vites tu?

TERESA Yo no.

PEDRO Pues asín están tos. Hablan de memoria; sin saber lo que disen.

TERESA Pero es que Maruja...

PEDRO Digo que ella habia sio ¿no es eso? Pues aun que ella lo diga, yo no lo creo.

TERESA ¿Y por que?

PEDRO Porque no puedo yo creer esas cosas. La señorita Maruja es mu güena y... ¡vamos! que no me cabe en la cabesa eso. Yo digo lo que el señorito Carlos: Esas cosas no se creen hasta que se ven. ¡Son mu delicás!

TERESA Oye, ¿y para qué era la carta que te mandó la Srta. Fernanda llevar ayer?

PEDRO Yo que sé. Era pa el señorito. Carlos.

TERESA ¿Y lo viste? ¿Cómo está?

PEDRO ¿Como quieres que esté un hombre que tiene el corazón jecho peasos? ¡Mu triste el pobresillo!

TERESA ¿Y leeria la carta de seguida?

PEDRO No, porque yo ya se la habia entregao á su padre. Cuando llegué no estaba allí el señorito Carlos... Oye, y me extrañó que D. Rodolfo miró el sobre, y dijo algo entre dientes que, por el gesto, no me paesió que le habia sentao mu bien.

TERESA ¿Y porqué?

PEDRO ¡Qué sé yó!.... Salì del despacho y al llegar á la puerta, el señorito Carlos que entraba. Pedro, me dijo, con una alegría que le rebosaba por los ojos, ¿y la señorita Maruja? Allí está penando, le contesté. ¿Te habla de mí? Mucho. ¡Qué buena es! ¿Tú no creerás esas infamias? ¡Qué voy á creer yo! Eres de los míos. Le conté lo de la carta; y se le ocurrieron unas cosas que, francamente sentí ganas de llorar. Me dió un abraso y partió á escape pa dentro.

TERESA ¡Pobrecillo, es para tenerle lástima!.. De todo tienen la culpa esa... más vale callar, de la Condesa y el sinvergüenza Alfredito. ¿Qué les importará á ellos?

PEDRO Pues si no pasan el tiempo en sacarle tiras de pellejo al prójimo, ¿que ván á jaser esas pobres criaturas? En algo se han de distraer. ¡Lástima de pan que comen! (Se dirige á la puerta del foro. La luz de la luna penetra por la puerta y la ventana.)

TERESA Voy á traer luces. (Se dirige á la segunda izquierda.)

PEDRO (Mirando desde el foro) Muchacha, date priesa, que están aquí ya los señores. (Sale y se coloca en actitud para dar paso á los personajes, y sin que deje de ser visto por el público.)

TERESA Voy corriendo. (Váse 2.ª izquierda.)

ESCENA II

FERNANDA, MARUJA, D. JOSÉ, PEDRO y después TERESA, que traerá un candelabro con luces. Estos personajes entrarán por el orden indicado.)

PEDRO (Entrando) ¿Vendrán los señores mu cansaos?

FERN. Ya nos vamos habituando. (Se sienta en una butaca; D. José en otra; Maruja en pié entre los dos; Pedro á un lado.)

PEDRO El trepar por esos serros es mu güeno. Ya verá oste, señorita, como el aire del campo la pone güena. El de la suidá está corrompío; ¡como los que le respiran! (Entra Teresa con luces que pondrá sobre una de las mesas.)

D. JOSÉ Dices bien, Pedro.

TERESA Hoy se ha alargado el paseo, señorita.

MARUJA Hemos llegado hasta la *Fuente Agria.* Mamá no se sentía con fuerzas; pero yo la animaba y la distraía, unas veces cantando; corriendo trás un pajarillo que apenas podia volar, otras; aquí haciéndola contemplar un manantial que entre oro molido y pequeñas perlas á borbotones nacía y extendiendo luego su mansa corriente se deslizaba en cristalino arroyuelo; allí viendo gigantes de piedra que amenazaban desplomarse sobre nosotros; por todas partes admirando y bendiciendo à la sabia naturaleza, rica en encantos, en vida y en colores... Así hemos llegado hasta allí, y regresamos muy contentos y muy alegres. (Con ternura) ¿Verdad mamá?

FERN. ¡Sí, hija; también yo estoy muy alegre! (Con cierta tristeza que quiere ocultar.)

MARUJA ¡Lo dices con un tono!...

FERN. No, hija mía, no te engaño.

D. JOSÉ Hay en el campo distracciones que alegran, ó al menos, recrean el espíritu; luz que ilumina el alma (A Pedro) ¿Está la comida dispuesta?

PEDRO Cuando los señores quieran. (Vánse Teresa y Pedro 2.ª izquierda.)

ESCENA III

FERNANDA, MARUJA Y D. JOSÉ

D. JOSÉ (A Fernanda) Ya lo has oido.

MARUJA Sí, mamá. Ahora á comer. ¡Animate, no estés triste! ¿No ves como yo rio, y canto, y estoy alegre y no lloro?

FERN. Sí.

MARUJA Haz lo que yo. Cuando viene un recuerdo que quiere entristecerme, en vez de cerrar los ojos, y pensar... y pensar... y atormentarme, los abro mucho, y miro á todas partes, y engaño al corazón alegrando la vista.

D. JOSÉ Eso hacen las mujeres de talento.

MARUJA Y mamá también. Ya verá Vd. Voy á traerte la medicina.

FERN. No, no te molestes; en el comedor la tomaré.

MARUJA Como tu quieras.

D. JOSÉ Vé preparàndola mientras se quita un poco el polvo.

MARUJA ¡Justo! Pues voy allá.

FERN. Sí.

MARUJA (Dirigiéndose à la 2.ª izquierda) ¡Ay de mi! ¡Triste y cruel ironía de la vida! ¡Quiero consolarla, y tengo el corazón muerto de pena! (Vàse 2.ª izquierda.)

ESCENA IV

FERNANDA Y D. JOSÉ. Al final MARUJA

FERN. ¡Medicinarme, comer!... ¿Para qué? ¡Co-

men los que desean la vida, los que necesitan vivir... los muertos no... Y yo soy una muerta viva, que la sociedad escupe de su seno como el mar escupe á la orilla los restos de un naufragio!...

D. JOSÉ Pero, Fernanda, haz por olvidar, pon de tu parte...

FERN. ¡Olvidar!... No es mi corazón un espejo donde se resbalan y se borran todos los reflejos, olvida cuanto ha contenido, cuanto ha pasado por delante de él!.. ... Cada idea que pasa, cada recuerdo que cruza nuestra mente deja en el alma algo como en el suelo la gota de agua que se evapora; y este algo vá aumentándose, toma cuerpo, llena nuestro ser, se condensa en el alma, y sale en llantos ó alegrías del corazón como de la caldera en la cual el vapor ha llegado á su mayor presión y se abre una válvula á través de la que este vapor se escapa.

D. JOSÉ Mira, Fernanda, ahora no hay que pensar en el mal causado, sino en su remedio.

FERN. Si no sé, D. José, como remediarlo.

D. JOSÉ ¿No has escrito á Carlos?

FERN. Si; porque quiero hablarle; pero siento miedo, ¡vergüenza!...

D. JOSÉ Es natural; pero no hay otro remedio. Saliendo de ese criminal silencio y proclamando la inocencia de ese ángel, ganas ante Dios y ante los hombres. Maruja ha sacrificado sus amores, su honra y hasta su vida la daría por ti gustosa; y tu, en cambio, ¿qué has hecho? Callar cuando debías á gritos, á son de trompeta haber hablado; sumirte en un silencio de muerte y con él dejar que despedacen sin compasión la honra de tu hija y arran-

car á dentelladas el corazón al pobre Carlos.

FERN. ¡Que mala soy, D. José, que mala soy!.. Yo debo sufrir mucho, sí, mucho; todos los tormentos, todas las angustias, todas las tristezas, los pesares todos son nada comparados con mi crímen. Llevo en mi corazón todas las malas pasiones de los hombres, las debilidades, no, las infamias todas de las mujeres. ¡Yo debo sufrir, sí!... La pena se mide por la intensidad de la culpa; á grandes crímenes grandes castigos, á grandes placeres mayores tormentos. Yo debo castigarme, castigarme yo misma con mi propio delito. ¿No son los recuerdos los que ahora me torturan? pues vengan recuerdos. ¿No son mis infamias las que ahora me avergüenzan? pues á pensar mucho en ellas; á traer à la imaginación aquellos ratos de placer; á ponérmelos delante desnudos de color que ciega los ojos, y vacios de aromas que embriagan los sentidos, y compararlos con estos días de angustia y de tormentos, y martirizarme de este modo, y morir poco á poco y desaparecer del mundo!

D. JOSÉ Pero piensa en que Carlos vendrá y...

FERN. Sí, que venga, que venga pronto; lo sabrá todo, toda la verdad, devolveré á mi hija la honra que la he quitado, le pediré perdón de rodillas, confesaré mi culpa y salvaré á esos dos seres inocentes que por mí sufren y lloran.

D. JOSÉ ¡Al fin penetró la luz en tu alma!

MARUJA (A la puerta 2.ª izquierda) ¿Mamà, no vienes?

FERN. Si, hija mia, ya voy. (Se dirige à la 1.ª izquierda) ¡Qué venga, Dios mio, que venga, para quitarme este peso del alma! (Vàse 1.ª izquierda.)

D. JOSÉ Ya viene tu madre. En el comedor la aguardaremos.

MARUJA ¿La ha reñido Vd?

D. JOSÉ ¡Yo! ¡Libreme Dios! Hablábamos de cosas que pasaron... (Vánse 2. izquierda.)

ESCENA V

D. RODOLFO, por el foro.

Hay que impedirlo... Que no descubra nada... Que siga el misterio... Lo quiero, lo exijo... y será... Me conviene.

ESCENA VI

Dicho y FERNANDA, 1.ª izquierda.

FERN. (Sorprendida) ¡Qué!.. ¡Tú!.. ¿A que vienes?.. ¡Vete, Rodolfo, vete!

D. RODF. ¿Me rechazas ya? ¿Vino el arrepentimiento? Te pesa, mi cariño y lo arrojas, maldiciendo tal vez mi nombre y el momento en que lo engendré... ¡Es natural!.. ¡Necio de mí, que no llegué á comprender la mentira que una mujer encierra!

FERN. ¡No, Rodolfo; yo te quise, te quiero todavía!

D. RODF. ¡Me quisiste, me quieres todavía!... No, Fernanda; ni me quisiste antes, ni me quieres ahora. Amor que huye, cariño que repele, ni es amor ni es cariño; un capricho, un deseo voluptuoso de mujer liviana, que pasa como nube de verano, sin dejar tras si rastro de su existencia.

FERN. No, Rodolfo; no es capricho, es pasión,

y pasión que se desborda; pero no te estrañe que te rechace, que quiera que te alejes; mi corazón te llama, pero el deber te repele, porque ha penetrado un rayo de luz hasta el fondo del abismo en que me hallo, y al iluminar las tinieblas he visto la verdad, toda la verdad, el cieno en que me revuelco... y quiero levantarme, y sacudir el fango que me ensucia, y emprender el camino de la regeneración; porque oigo dentro de mí una voz que me dice: «Detente, no dés un paso más»; y absorta he mirado en derredor y he visto nuestro crímen ¡muy negro! y he pensado en mi hija, y he llorado mucho, y las lágrimas me han transformado, y el llanto ha sacado de mi corazón el sensualísmo que me envilecía, y quiero reparar mi delíto!

D. Rodr. ¡Te has regenerado!... ¡Hipócrita!... ¿Piensas que soy tan necio que vaya á creerte? No, si me voy convenciendo de que eres una miserable!... Te pareció poco el daño que me causaste despreciándome por otro hombre, y viniste en mi busca, y me hallaste; y como ya habias encendido el fuego te fué muy fácil, derramando unas cuantas lágrimas y lanzando al viento media docena de suspiros, levantar la llama; y ahora que la ves subir, quieres apagarla echando agua sobre las brasas; quieres reconciliarte ahora con Dios, después de haberme robado el sosiego y la paz, elevando como el usurero hipòcritamente largas oraciones al cielo; lloras y gimes como las olas que después de sembrar el espanto y la muerte, vienen á morir en las arenas de la playa, gimiendo con el suave crujir de la seda; te avergüenzas aho-

ra de tu delito, te arrepientes, y llamas á mi hijo á esta quinta para decirle: yo he sido la mujer que le ha llevado á usted la desesperación, su padre de usted es el hombre...

FERN. ¿Pero tu sabes?..

D. RODF. Todo. Si la carta la leí yo; si la guardo. ¡Míralá! ..

FERN. ¿Y por que no se la has entregado?

D. RODF. Porque no debe venir aquí; porque no quiero que venga.

FERN. ¿Que es lo que te propones?

D RODF. Impedir por todos los medios que mi hijo y el mundo sepan lo que entre nosotros ha existido.

FERN. Es que ese crimen es mayor... y yo estoy dispuesta...

D. RODF. ¿A qué? (La àse de una mano con fúria.) ¿Qué intentas, desdichada?.. Una palabra, una sola pudiera costarte muy cara. He dicho que vengo á imp dirlo, y lo impediré, ¿oyes? lo impediré; y si para ello fuese preciso echarte un nudo en la lengua, lo hago para que guardes silencio en lo que te reste de vida.

FERN. ¡Pero, Rodolfo!...

D. RODF. ¿No has callado un mes? ¿No has consentido que tu hija sacrifique su honra? ¿No está ya hecho el mal? ¿Piensas remediarlo causando otro mayor, desesperandome?..

FERN. ¿Rodolfo, qué cambio, qué transformación tan grande es esta que en tí se ha obrado? ¿No ves que lo que me exiges no debe exigirsele á una madre? ¿No vés que me envenenas el alma? ¿No vès que no puedo, que no debo callar más tiempo? ¿Que mi conciencia me acusa, y me roe y no puedo vivir? (Suplicando) Pídeme, Rodolfo, mándame cuanto quieras, cuan-

to desees. Yo me iré lejos, muy lejos, á otros paises, si tu lo quieres; vagaré por el mundo, como vaga en el tempestuoso mar la nave sin piloto; pero deja que me quite este peso del alma; deja que acalle los gritos de mi conciencia; deja que vea à Carlos; que èl sepa que nosotros hemos sido los culpables; que mi hija es inocente, ¡honrada! que lo sepa el mundo entero. ¡Si, Rodolfo, por Dios, dèjale venir; tú eres padre y sabes lo mucho que se quiere á un hijo; no querrias tu ver á tu Carlos difamado, envilecido, darías la vida por salvarle, tu honra, todo!... ¡ya ves si con razón te lo suplica una madre!... (Llora).

D. RODF. ¿Pero tu sabes lo que quieres?... Convertirme en un marido infame que lleva la desesperación á su esposa; hacerme el escarnio de la sociedad, la mofa de todos, la burla del mundo entero; que mi mujer me desprecie y huya de mí; que me maldiga mi hijo; que pierda mi reputación de hombre honrado; que me vea solo en medio de tanta gente... No, no lo consigues, aunque lo supliques de rodillas; soy yo primero, y antes que perder mi bienestar, mi posición, la confianza de mi mujer; antes que se derrumbe el castillo que á fuerza de sacrificios me he fabricado y me sepulte entre sus escombros, pereces tu, y tu hija, mi Carlos y el mundo entero. (Se oye el ruido de un carruage.)

FERN. ¡No, Rodolfo, por Dios!

D. RODF. ¡Silencio!.. ¡Un carruaje!..¡ Se detiene!.. (Mirando por la ventana) ¡La Condesa!... ¡Estoy perdido!

FERN. (Sorprendida) ¡Ella!

D. RODF. Ocúltame, no puedo salir.

FERN. ¿Donde?

D. RODF. ¡Pronto!

FERN. ¡Aquí, aquí! (Señalando á la 1.ª derecha.)
D. RODF. (En la puerta) ¡Una sola palabra te costará la vida! (Vase y cierra la puerta).
FERN. ¡Fuerzas, Dios mio!

ESCENA VII

FERNANDA, MARUJA Y D. JOSÉ. (2.ª izquierda) CONDESA Y ALFREDO (Por el foro.)

MARUJA (Entrando) ¡Mamá, que tenemos visita!
FERN. Si, la Condesa, hija mia.
MARUJA (Contrariada) ¿A qué viene aquí esa mujer?
D. JOSÉ (Aparte) A nada bueno será.
COND. (Cuide la actriz encargada de este papel imprimirle cierta hipocresia. Entrando) ¡Querida Fernanda! (Se dirige á ella y esta á la Condesa.)
FERN. ¡Condesa! (Se besan) ¡Alfredito!
COND. ¡Maruja! (Se besan)
ALFRE. ¡Siempre tan encantadora!
FERN. ¡Muchas gracias!
ALFRE. ¡Linda Maruja! (Saluda)
COND. ¡Querido D. José! (Saluda)
D. JOSÉ ¡Tanto bueno por aquí! (Alfredo saluda á don José y quedan conversando junto á la ventana. Fernanda, Condesa y Maruja se sientan).
FERN. ¡Quién había de pensar que se acordasen Vds. de estos pobres desterrados!
COND. La buena amistad no olvida nunca.
FERN. ¿Y á que se debe visita tan inesperada como agradable? (Con ironia).
COND. A que soy envidiosa.
MARUJA Será nueva en Vd. esa pasión. (Con ironia).
COND. También yo sentí deseos de pasar una temporada en mi quinta; lo propuse á Alfredito, que no halló inconveniente en acompañarme, y salimos esta mañana con ánimo de pasar aquì la noche y al nacer el sol continuar nuestro viaje.

FERN. Bien.

D. JOSÉ Quiere usted vivir lejos de ese gran mundo.

COND. Me causan asco tantas murmuraciones.

MARUJA (Aparte) ¡Hipócrita!

COND. Se ha puesto la sociedad, que las personas honradas ya no tenemos con quien tratarnos.

MARUJA Pues aquí estamos muy solitos y muy contentos.

FERN. Si.

COND. ¡Cuánto me alegro!...

D. JOSÉ (A Alfredo) ¿Y como se anda de amores y conquistas?

ALFRE. ¡Divinamente! Con las lecciones de la Condesa se aventaja que es una maravilla.

FERN. (A Maruja) Di á Teresa que arregle las habitaciones para nuestros huéspedes.

MARUJA Voy al momento. (Aparte dirigiéndose à la 2.ª izquierda). Si piensan darnos otro disgusto les aseguro que han de saber quien es Maruja. (Vàse 2.ª izquierda. D. Josè y Alfredo siguen hablando à honesta distancia de la Condesa y Fernanda.)

ESCENA VIII

Dichos, menos MARUJA

COND. No sabes que bien has hecho en retirarte á estas soledades.

FERN. ¿Se sigue murmurando en aquella Babel?

COND. Y más fuerte cada dia; no pasa uno sin que haya nuevas noticias y á cual más horrible.

FERN. (Aparte). Bastantes habrás tu inventado. Ya, ya se hartará el lobo de carne.

COND. Yo he puesto oidos de mercader. Los

primeros dias no me dejaban tranquila; en la calle, en el paseo, en el teatro, pues ¡y en casa! parecía una iglesia en Jueves Santo... unos salen... otros entran...

FERN. ¡Dios mio!

COND. ¡Y que curiosos!... ¡Si les hubieses oido!... Me acosaban á preguntas. Usted Condesa lo sabe todo; Vd. presenció la escena; Vd. conoce las *intimidades* de Maruja y sabrá si fué Carlos el feliz mortal que....

FERN. Basta, Condesa, basta; no quiero oir más. Comprenderás mi situación. Pasemos al comedor; comerán Vds. con nosotros; afortunadamente todavía no lo hemos hecho; si, á comer y luego á descansar. ¿Vendrán Vds. fatigados?

COND. ¡Oh, figurate!

D. JOSÉ Los viajes son siempre molestos.

FERN. Y cuando no pueden hacerse con comodidad...

ALFRE. En llegando á ser diputado, propongo la construcción de una vía férrea que pase por la misma puerta de la quinta de la Condesa.

D. JOSÉ No es difícil; de la madera de Vd. se hacen los ministros en España.

FERN. ¡Què horrible suplicio! (Vànse 2.ª izquierda).

ESCENA IX

D. RODOLFO (1.ª derecha)

¡Callará!... Aùn me quiere y esto me favorece. Con impedir que mi hijo tenga una entrevista con ella estoy salvado. Ya puedo marchar tranquilo.

ESCENA X

Dicho y CARLOS (Al salir D. Rodolfo aparece en la puerta del foro)

CARLOS (Sorprendido) ¡Padre!... ¿Usted aquí?

D. RODF. Si, yo aquì. ¿A qué vienes? ¿Abandonas así los asuntos que te tengo confiados, para entregarte al vicio en brazos de esa niña que no ha sabido mirar por su honra?

CARLOS ¡Padre, yo le ruego á Vd!...

D. RODF. Nada de súplicas.

CARLOS Es que eso es una impostura.

D. RODF. Te atreves...

CARLOS A defenderla, porque es honrada.

D. RODF. No lo haràs en mi presencia.

CARLOS ¡Padre mio, perdóneme Vd!... Sé que Fernanda habia mandado una carta para mì, carta que Vd. no me ha entregado, sin duda para evitarme un nuevo dolor; y en mi afán de saber algo que confirmase mi creencia respecto á la honradéz de Maruja y poder decir al mundo, á esa sociedad estúpida y canalla que hace cebo de nuestra honra: «Esta mujer á quien has calumniado vilmente es un angel», no he vacilado en venir; si he hecho mal, que no lo creo, perdóneme Vd.

D. RODF. Pues has hecho mal; porque tu tienes bastante talento para comprender que no puedo yo autorizar una alianza que sería deshonrosa para todos.

CARLOS ¡Por que es Vd también de los que creen esas infamias!

D. RODF. Cierras los ojos á la luz, ó te tienen una

venda delante de ellos que no te deja ver.

CARLOS No, padre mio, yo creo en la inocencia de Maruja como creo en la honra de usted, en la de mi madre; rechazo esas calumnias porque las rechaza el corazón; porque si ella fuese culpable lo sería también yo, hubiésemos rodado los dos al abismo y yo le juro á Vd., por mi honra, que no he delinquido, y al no delinquir yo no ha podido caer ella. ¡Es imposible!

D. RODF. ¡Basta! No quiero que la veas y á obedecer.

CARLOS Siempre le he obedecido á Vd.; siempre he acatado sus mandatos porque eran justos; es la primera reconvención que oigo de Vd., y yo á pesar mio... no puedo...

D. RODF. ¡Cómo! ¿Te revelas contra mi?

CARLOS No, padre, eso nunca; pero es que me arranca Vd. el corazón.

D. RODF. ¡Qué sabes tu si no conoces el mundo!

CARLOS ¡Si el mundo para mí es ella; si es que no puedo vivir así; si no puedo olvidarla por que llevo aquí (Al corazón) agarrada su imágen como el molusco á la roca y su nombre está muy hondo, muy adentro, y sube, siempre subiendo, como el agua de un manantial, como la llama de la hoguera, á los labios, y le repito á toda hora, en todo momento, con la dulzura de la plegaria; es que si Vd me dice: aléjate de aquí, cree en la culpabilidad de Maruja, yo no puedo hacerlo porque no soy yo quien manda en mi voluntad, es ella; ¡si me la ha robado!

D. RODF. ¿Qué dices?

CARLOS Pídame Vd. la vida, exija Vd. de mí todo lo que pueda exigírsele á un hijo.

¡No aumente Vd. mi dolor, no me desgarre Vd. el alma!

D. RODF. Ni una palabra más. Si continuas en tu ceguera y terquedad, si no obedeces mis mandatos, yo, que he sido un padre cariñoso siempre, me convertiré en padrastro y domaré tu soberbia.

CARLOS ¡Padre!

D. RODF. No me llames padre; yo no puedo serlo tuyo. Mi hijo es dócil y obediente, tu no lo eres; mi hijo es honrado y no mancha el nombre que lleva ni el del que le dió el ser; mi hijo no olvida sus deberes de hombre y de caballero para entregarse á una mujer impura, á una mujer que se envilece y que ...

CARLOS (Que durante el anterior parlamento se habrá dejado caer sobre una butaca se levanta) ¡No más infamias, bastantes ha escupido Vd. ya! Si esas frases, esas palabras que acaba usted de pronunciar hubiesen salido de labios de otro hombre, le hubiese arrancado la lengua y la hubiese pisoteado si antes él no me arrancaba la vida.

D. RODF. ¡Miserable! ¿Que has dicho? ¿Sabes tu lo que has hecho? ¡A tu padre!.. ¡A mí!... ¡Si no mereces compasión!... ¡Si tu no puedes llevar mi sangre!... ¡Si hasta me haces dudar que yo te haya engendrado!... Si acabarás por odiarme, y yo por maldecir...

CARLOS ¡Padre!

D. RODF. ¡Vete, Carlos, vete!... Si no es posible, si no...

CARLOS (Cae de rodillas.) ¡Perdón, padre mio!

ESCENA XI

Dichos y MARUJA, 2.ª izquierda.

MARUJA (Saldrà en el momento de caer Carlos de rodillas) ¡Levanta! (Le coge una mano y le levanta) Los inocentes piden justicia.

D. RODF. (Aparte) ¡Se abre el abismo!

CARLOS ¡Maruja!.. ¡Dios mio, tu me la envias!

MARUJA El perdón para los que han pecado, para mí.

CARLOS No.

MARUJA ¿Luego tu me crees?...

CARLOS ¡Inocente, como yo!

MARUJA Dios mio!

CARLOS ¡Padre, padre mio, óigala usted; una palabra, una sola, una prueba.

D. RODF. ¿Qué más prueba que su confesión?

CARLOS No; si eso no prueba nada. Esta confesión puede ser hija del amor á su madre, del afán de salvarla...

MARUJA Mi madre es honrada, Carlos.

D. RODF. (Aparte) Esta me salvará.

CARLOS Pero, Dios mio, ¿que tortura es esta?

MARUJA ¡D. Rodolfo, perdóneme usted!

D. RODF. Tu sabes confesar tu culpa, tu mereces mi perdón.

CARLOS ¡Que la perdone, dice! ¡Si no es posible! Mira, Maruja, una palabra; el nombre del seductor.

MARUJA (Vacilando) ¿Su nombre?... No quieras saberlo.

CARLOS Es que lo exijo.

MARUJA Pues no lo sabrás.

CARLOS Porque es mentira; porque aquí hay un enigma que es preciso descifrar; porque si hay una mujer que ha caido esa no eres tu, ¡que has de serlo, si se refleja

en tus ojos la inocencia, como la luna en las aguas de un lago transparente!

MARUJA ¡Carlos!

D. RODF. Pues si no ha sido ella ¿quien ha podido ser? ¡Ah! ¿Tal vez su ma...

MARUJA Respete usted su nombre; rechace usted esa negra idea, porque solo el pensar que usted, D. Rodolfo, pudiera creer... ¡solo el pensarlo me ofende! Mi madre es honrada. Aquí no hay más reo que yo.

CARLOS Me desesperará. ¿Pero que es lo que te propones? Mira que no quiero creerte, que no quiero perder la fé, y si logras que entre en mi la duda y se apodere de mi espíritu y se desvanezca esta creencia mia, mi amor se trocará en odio, pero en odio de muerte, y te arrancaré la vida, ¡por infame y miserable! y con ella el nombre de ese canalla que te ha envilecido.

MARUJA ¡Cuanto te lo agradecería yo! ¡Si la muerte es el límite de todos los dolores! ¡Con ella acabaría este sufrimiento! ¡Eso es lo que ansio!.. ¡Si la llamo á todas horas, pero está muy reacia!

D. RODF. (Aparte) Es preciso que esto acabe. Maruja, todo acabó entre los dos; tu lo has querido; con tu propia mano has abierto el abismo que os ha de separar para siempre.

CARLOS ¡Dios mio, para que me has dado esta mísera existencia, si la lanzas al violento torbellino de la desgracia, con la facilidad que el viento arrastra las hojas que del arbol se desprendieron!...

D. RODF. Carlos, salgamos. Arranca las ilusiones del corazón y no pienses en esta desdichada que no ha sabido respetar la honra de su madre, ni velar por la suya. Salgamos.

ESCENA XII

Dichos y FERNANDA, (2.ª izquierda.)

FERN. (Entrando) No; una palabra, Carlos.
D. RODF. (A Carlos. Entrando.) Salgamos.
FERN. (Colocàndose en la puerta del foro) No lo hará sin haberme oído antes.
CARLOS Hable usted.
D. RODF. No.
FERN. Sí, me oirá; arrojaré esta mordaza; romperé este silencio maldito.
D. RODF. ¡¡Miserable!! (Al arrojarse sobre ella Maruja y Carlos se interponen.)
MARUJA ¡Madre, no!
CARLOS Sí, hable usted, Fernanda; hable usted pronto, que me muero de ansiedad.
FERN. Mi hija es inocente, Carlos.
CARLOS Si lo sabía.
MARUJA Madre mía, ¿que haces?
FERN. Rehabilitarte, darte la honra que te pertenece. ¡Ya era hora!
CARLOS Padre, ¿lo oye usted?
D. RODF. No hablarás más. bastante has hecho ya ¡miserable! (Saca un revolver. Carlos le detiene el brazo)
CARLOS ¡Padre!
MARUJA ¡Madre!
FERN. (Llamando) ¡Condesa, Alfredo, D. José!. . ¡Aquí, aquí todos!...
D. RODF. (Luchando con Carlos) ¡Suelta!... ¡suelta!...
CARLOS ¡Por Dios, padre mio!
MARUJA ¡No, madre!
FERN. ¡Aquí!...

ESCENA XIII

Dichos y la CONDESA, D. JOSÉ Y ALFREDO (2.ª izquierda)

D. JOSÉ (Sorprendido) ¡Qué!...
COND. (Sorprendida) ¡D. Rodolfo!...

ALFRE. (Sorprendido) ¡Carlos!...

FERN. Quiero que se sepa la verdad. Mi hija sufre la afrenta de un delito que no ha cometido; ese delito es mío.

MARUJA ¡Madre!

D. RODF. ¡Miserable!

CARLOS ¡Qué!... ¿Usted abrió la verja?...

FERN. A ese hombre. (Señala à D. Rodolfo)

D. RODF. ¡Mientes!

FERN. ¿Que miento?... Ahí están las pruebas. (Saca algunas cartas y las dà à la Condesa).

D. RODF. ¡Ah, mis cartas!... ¡Necio de mi!...

COND. (Mirando las cartas) ¡Es verdad!

D. RODF. ¡Yo mismo me he perdido!... ¡Adios, fortuna... adios reputación, adios!... (A Carlos que le tendrá sujeto el brazo). ¡Aparta, aparta, que llevo en el alma la desesperación!... (Se desase de Carlos y sale por el foro).

CARLOS (Que habrá caido sobre una butaca) ¡Padre!

D. JOSÉ ¡Al fin salvaste á este angel! (Suena dentro un disparo).

CARLOS (Levantàndose) ¡Que!.. ¡Un disparo!.. ¡Mi padre!... (Mirando desde el foro) ¡Sí!.. ¡¡Padre mio!! (Vase)

COND. (A la ventana) ¡Muerto!

FERN. (Se acerca á la puerta del foro, lanza un grito y cae desplomada al suelo.)

MARUJA ¡Madre, madre mia!

D. JOSÉ Su egoismo le mató, pero esa es muerte que os dá vida. (La actitud de los actores será la siguiente: Fernanda desmayada en el suelo, junto á la puerta del foro; Maruja abrazàndola; D. José á un lado; la Condesa y Alfredo junto à la ventana.)

FIN